

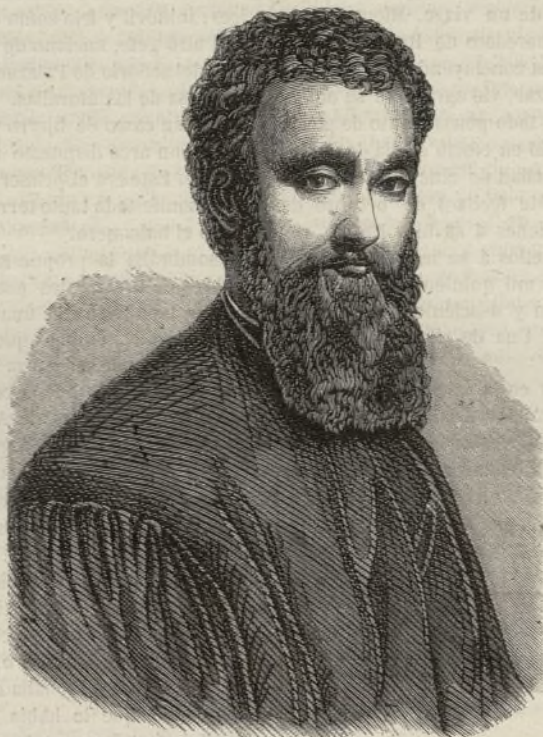
lería, usó de ladrillos revestidos de estuco para las columnas, chapiteles, cornisas y demas adornos del edificio. Julio Romano construyó el famoso palacio de *Te*, el único palacio del mundo que ha sido edificado, decorado y pintado por un mismo artista, y en el que el decorador y el arquitecto han trabajado el uno para el otro produciendo el conjunto mas rico y armonioso.

A imitacion de Rafael, Julio habia disciplinado en torno suyo un ejército de discípulos obedientes á los que impuso sus maneras, y que abandonaron bajo su direccion el dibujo duro, pero sencillo, del gran Mantegna, y lo que les quedaba de la sequedad gótica. Esos discípulos, de que algunos fueron ilustres por sí mismos, se llamaban Benedetto Pagni, Reinaldo de Mántua, Gio-Batista, Ghisi, llamado el Mantuano, y su hija Diana, Julio Clovio, Alberto Cavalli de

Saona, Fermó Guisoni, Los Corta, y el famoso Francisco Primaticcio de Bolonia, que fué llamado á la corte de Francisco I, y creó en Francia la escuela de Fontainebleau.

Julio Romano dando libre vuelo á su imaginacion, creó en el palacio de *Te* una multitud de cuadros, en los que no se sabe que admirar mas, si la fecundidad de su ingenio, ó la facilidad de su ejecucion. En una de las galerías de este palacio representó la historia de la guerra de Troya. Al ver el marqués de Mántua el prodigio que habia levantado Julio Romano, fijó los ojos sobre él para encargarle la reconstruccion de la capital de su pequeña soberanía.

Mántua era entonces una ciudad húmeda, mal sana, y cubierta de lodos. Las frecuentes inundaciones del Po y del Mincio, hacian de la parte baja de la ciudad una verdadera laguna, en donde se oía sin cesar el canto monótono de las



Julio Romano.

ranas. Federico nombró á Julio Romano prefecto de las aguas, y superintendente general de los edificios. Desde entonces la patria de Virgilio mudó de aspecto: Julio no solo mejoró los cuarteles bajos de la ciudad, dando salida á las aguas estancadas, desecando las lagunas de alrededor, oponiéndose á las avenidas del rio con entendidos diques, sino que construyó un gran número de edificios públicos y particulares que embellecieron la ciudad de Mántua, y la hicieron desconocida. Cuando Carlos V estuvo en Mántua en 1530, ya la ciudad se hallaba desconocida y renovada. Julio Romano, dirigió la suntuosa recepcion que se hizo al emperador, señor del mundo entonces; y éste, despues de colmar de elogios al artista, queriendo premiarle en la persona de Federico Gonzaga, erigió en ducado el marquesado de Mántua. El nuevo duque, admirador de los ta-

lentos de Julio, le recompensó con favores y beneficios sin cesar.

Creado ciudadano de Mántua, Julio Romano se casó con una jóven mantuana, Elena Guazzolandi, de la que tuvo dos hijas, Virginia y Griselda, y un hijo á quien puso el nombre de Rafael en memoria de su antiguo maestro.

A la muerte del duque Gonzaga, su bienhechor, acaecida en 1540, y que el célebre pintor sintió cual si hubiese sido la de su padre, porque era el amigo inseparable de aquel soberano, resolvió dejar la ciudad; empero se vió todavía detenido por el cardenal Gonzaga, que continuó colmándole de honores y riquezas. En Mántua construyó para sí y su familia una pequeña casa de buen gusto, en la que brillaban varios objetos de arte, y entre otras cosas tenia colocado en ella con gran respeto el regalo que un hombre

AÑO XVII. 48.

eminente habia llevado á Rafael en su tiempo, y que habia heredado Julio: era el retrato de Alberto Durero, pintado por él mismo.

No pensaba haber salido Julio de Mántua, pero tuvo que ir á Bolonia en donde dió el plan de una nueva fábrica para la iglesia de San Petronio; y cuando volvió de Bolonia despues de haber dibujado la obra de esta hermosa iglesia, precisamente cuando la gloria le reservaba la mas brillante página de su vida, iba la muerte á terminar su gloriosa y artística existencia.

Habia muerto el arquitecto Antonio de San Gallo que se hallaba levantando el magnífico templo de San Pedro de Roma. Pensábase en Julio Romano para sucederle; pero todo conspiró para detenerle en Mántua: su muger, sus hijos, sus amigos, el cardenal Gonzaga, y mas que nada la alteracion y quebrantamiento de su salud que no le permitian esponerse á las fatigas de un viage. Mientras este grande artista, el discípulo y heredero de Rafael, con su imaginacion se hallaba en Roma concluyendo aquellos trabajos que él habia visto comenzar, vió agravarse su enfermedad, y tuvo que renunciar á todo pensamiento de gloria para pensar en la muerte. Murió en efecto el dia de Todos Santos del año de 1546, á la edad de cincuenta y cuatro años. Dejó en su testamento, de fecha 3 de octubre de aquel mismo año, todos sus bienes á su hijo Rafael, reservando el usufructo de todos ellos á su muger Elena, y dando á cada una de sus hijas mil quinientos ducados si llegaban á contraer matrimonio y doscientos cincuenta si tomaban el velo de religiosas. Una de ellas, Virginia, se casó con Hércules Mala-Testa.

Julio Romano fué sepultado en la iglesia de San Bernabé, donde se olvidaron de levantar á tan grande artista un modesto monumento: solo una inscripcion latina revela el sitio donde está sepultado el cadáver de este grande hombre.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

EL CASTILLO DE ATIENZA Y DE PALAZUELOS.

(Continuacion).

XII.

Volvamos por un momento al castillo de Atienza.

Doña Sol aprovechando la ausencia del conde y de Rodrigo para preparar la próxima sumision del castillo, iba de puesto en puesto hablando á los hombres de armas que conocia, y cuya fidelidad habia experimentado. Semejante conducta en una muger hoy parecería muy estraña; empero en aquella época de guerras sangrientas y continuas, las damas castellanas no se mantenian en la reserva que hoy es propia del bello sexo. En sus castillos se mezclaban decididamente con los vasallos y con los soldados, cuyo valor escitaban antes del combate, y cuyas heridas curaban durante la accion. Hemos visto que la animosa doña Sol no descuidaba ninguno de estos deberes: así es que la adora-

ban todos los defensores del castillo de Atienza: pocos entre ellos, sobre todo sus compatriotas los aragoneses, hubieran resistido á una palabra, á una sonrisa de sus encantadores labios.

Despues de haberse asegurado bien de muchos oficiales subalternos que conocia influyentes con los soldados, subió doña Sol á la muralla. Allí encontró platicando á dos gefes principales de la guarnicion, los que necesitaba absolutamente ganarse si no queria ver abortar sus proyectos.

El uno era el capitan Aguirre, hombre duro, partidario feroz, y de inteligencia casi obtusa. Estaba encargado, como hemos visto, con los aragoneses, de la guardia de la barbacana y las obras exteriores. Armado de todas armas se hallaba apoyado sobre su pesada y larga espada, oyendo las instrucciones de doña Sol, y ni el menor movimiento revelaba su resolucion futura sobre su rostro surcado de cicatrices, inmóvil y frio como el mármol.

El otro gefe, anciano de figura afable, mandaba los vasallos del señorío de Palazuelos, á los que se habia confiado la defensa de las murallas. No llevaba mas armas defensivas que un casco de hierro y una cota de malla, y tenia en la mano un arco dispuesto á responder á los ataques del enemigo. Este era el primer escudero del conde, aquel que habia manifestado tanto terror á la vista de su antiguo compañero el halconero.

Asombraba la propuesta de doña Sol á aquellos dos hombres de armas, los cuales no comprendian nada. El aragonés manifestó con una voz brusea que él nada entendia, empero..... empero que era claro que no podría mantenerse la fortaleza á causa de la falta de víveres, y que si se le concedia una buena composicion volverian con sus valientes á las tierras de Aragon. No conocia ademas en aquel castillo sino á la señora: habia nacido en las tierras de su padre, de quien habia sido vasalló. Así es que la dijo que mandase, y que obedecería ciegamente..... dando al diablo todo lo demas..... Mas trabajo le costó reducir al escudero principal del conde, el cual pasando dolorosamente la mano sobre su frente resistia á las sujestiones de doña Sol, batallando al mismo tiempo con el asombro que le causaba el haber visto la noche antes con sus propios ojos á su compañero el halconero, á quien diez años antes habia visto perecer; pero luchaba con la idea de que debiéndolo todo al conde que le habia confiado la defensa de aquella parte de la fortaleza, se le creería perjuro y traidor si la entregaba sin recibir de él directamente la orden.

Aquella inesperada obstinacion consternaba tanto, cuanto estrañaba á la altiva doña Sol. No pudo menos esta de decirle que alababa sus nobles escrúpulos, pero que no se trataba sino de preservar á sus amos del terrible peligro que los amenazaba.

—¿Creeis, le dijo, que yo, hija del uno, esposa del otro pueda meditar una traicion? Escuchad, prosiguió bajando la voz: os ha asombrado la presencia inesperada, casi milagrosa del halconero García, no sin razon, porque ese personaje no parece sometido á las leyes ordinarias del mundo..... Su venida no anuncia nada funesto á la familia de Palazuelos; todo al contrario, hace suponer que ha recibido de Dios la mision de salvarla. El es el que nos ordena la rendicion del castillo, que de otro modo, dentro de mas ó menos tiempo sería tomado por los castellanos, y perecerian mi noble padre, mi querido esposo.....

—¿Sería cierto? respondió tartamudeando el escudero.

Al ir á dar doña Sol esplicaciones, llegó corriendo una dueña jadeando y casi sin aliento á la muralla y la dijo, que don Rodrigo se hallaba ya levantado en el cuarto de su padre, y armándose ambos para salir á recorrer los puestos.

Conoció doña Sol la necesidad de ir á reunirse inmediatamente á su marido, cuya presencia hubiera desbaratado todos sus planes.

—Es preciso, dijo con una especie de desesperacion al escudero, que pongais en mí una absoluta confianza; el tiempo urge y no le tengo para convenceros. Sabed solamente que si os resistís á mis deseos podeis causar graves males, tal vez el estermínio de la familia de Palazuelos... Si eso sucediese por culpa vuestra, tendríais que responder de ello en esta vida y en la otra.... Adios.

Al mismo tiempo se alejó con paso rápido, dejando al pobre escudero en la mayor turbacion y ansiedad, sin saber qué habia de hacerse. Apresuróse doña Sol á volver á la estancia donde se hallaban su marido y su padre. Al pasar por una sombría galería adornada de trofeos de armas, una de las panoplias pareció desprenderse de la pared, y vino á colocarse delante de ella. Iba á lanzar un grito de terror; empero se repuso inmediatamente conociendo al halconero García que habia dejado su túnica de peregrino por una armadura completa y un casco con visera.

—Señora, dijo, queda cumplida mi mision; he visto al rey don Juan II, y acepta vuestras condiciones.

—Gracias, gracias, protector de esta casa, contestó doña Sol con la mayor efusion; pero cuanto mas se aproxima el momento mas se multiplican los peligros en torno mio.... Acudid á mi socorro porque las fuerzas y el valor me faltan....

García no respondió sino con una sonrisa dándole ánimo y haciendo seña á doña Sol para que callase, y fué á colocarse de nuevo entre las panoplias, con las que se confundia en la sombra.

En esto llegó corriendo nuevamente la dueña, diciendo que fuese pronto porque iban á salir ya de la estancia el conde de Palazuelos y su primogénito.

—Voy corriendo, contestó doña Sol. Escucha, hija mia, la dijo... Sube á la torre del Norte y cuelga en lo alto de ella una sábana blanca: no dejes de hacerlo por tu vida... Vé pronto... si me amas.

Doña Sol se dirigió á la estancia del conde. La dueña, sorprendida por lo extraño de la orden, siguió con la vista á su señora y no se apresuraba á obedecer, cuando sintió que las armaduras de la galería chocaban entre sí de una manera siniestra. Despues la pobre dueña, que era supersticiosa, mal frecuente en aquella época en todos, dió un grito de terror al oír que del fondo de las armaduras salia una voz que la decia:

—Cumple lo que te ha mandado tu ama.

Echó á correr la dueña con la mayor ligereza.

Doña Sol entró en la estancia donde estaba el conde con su hijo acabando de armarse de todas armas para ir á recorrer los puestos del castillo. Acogieron los dos caballeros con el mayor afecto á doña Sol, y dándole un beso en la frente, la dijo su marido con acento de reconvencion:

—No has hecho bien en aprovecharte de mi sueño para subir á las murallas á riesgo de recibir una flecha ó un cuadrillo. (Especie de flechas de mayor alcance que se usa-

ban entonces). ¿Es así cómo atiendes á mi cariño, Sol de mi vida, esponiéndote?

—¡Vive Dios! dijo el conde soltando una carcajada, que el mejor día Sol va á ponerse nuestros arneses de guerra y mandar nuestra gente mientras nosotros dormimos á pierna suelta como si no tuviéramos un ejército delante de nuestras murallas. Perdónanos si te dejamos tan pronto; vamos á ver qué es lo que ocurre por el campo.

—¿Para qué? dijo doña Sol afectando alegría; ni una flecha ha venido contra los guardias de las murallas, ni se ve al enemigo á tiro de ballesta.

—En verdad, dijo Rodrigo pasando su brazo cubierto de acero alrededor del esbelto talle de su muger; jamás los castellanos han sido mas prudentes que esta mañana.

—Eso mismo me inspira desconfianza, dijo el conde meneando la cabeza; ese silencio no es prueba de nada bueno. Algo meditan. Voy á subir al torreón, y si todo está en regla, iré á visitar al prisionero que quiero conocer á fondo. Puedes quedarte con tu querida, hijo mio, añadió sonriendo; á tu edad Venus es preferible á Belona, como diria nuestro sábio capellan.

—No, padre mio, contestó Rodrigo.

Abrazó de nuevo á su esposa y se dispuso á acompañar á su padre; empero doña Sol, con una gracia inesplicable, se cogió de su brazo y dijo que tambien les acompañaria. Los tres subieron por la escalera de caracol hasta lo alto de la torre. El corazón de la jóven palpitaba con violencia; su cabeza tenia casi un vértigo.

Felizmente el padre y el hijo, que iban hablando de los sucesos de la víspera, no repararon en su grande emocion. Apenas habia echado un vistazo el conde sobre la tierra, cuando sus ojos se fijaron en lo alto de una torre vecina donde veia ondear una bandera blanca, cuya presencia en aquel sitio le asombró mucho.

—¡Por Dios! ¿Qué es esto? preguntó el conde arqueando las cejas: ¿qué significa ese trapo blanco en este sitio?

Estremeciéndose de alegría doña Sol al ver que su buena dueña habia cumplido lo que tanto deseaba, en lo que cifraba la salvacion de toda su familia.

—En efecto, dijo Rodrigo no menos sorprendido que su padre; debe ser una seña.

—¡Bah, bah! replicó doña Sol afectando indiferencia; tal vez alguna lavandera del castillo habrá puesto á secar esa sábana.

—Si supiese quién es la que ha hecho semejante tontería, interrumpió Rodrigo, la haria azotar hasta que saltase la sangre... Pero gran Dios, continuó señalando al campamento con el gesto, esto es mas que una tontería... Mirad, padre mio, los castellanos vienen hácia nosotros y preparan un ataque sério.

—¿Creeis que no lo veo? dijo el conde con tono terrible inclinándose entre dos torreones.

Doña Sol se quedó palpitante de terror.

En efecto, notábase un movimiento extraordinario entre los sitiadores. Vefase á los arqueros colocarse en batalla delante de las murallas; los lanceros galopaban sobre sus caballos vestidos de hierro para reunirse alrededor de sus capitanes. En aquella inmensa muchedumbre dejábanse conocer por el brillo de sus armas los ricos-hombres y por sus penachos adornados de coronas doradas sobrepuestas en sus arneses. Desde la grande altura en que se hallaban

no podían oír bien el relincho de los caballos ni el sonido de las trompetas; pero era evidente que el ejército castellano se hallaba en formación y preparado á algun gran suceso. Al mismo tiempo se veía por la parte de la iglesia de la Santa Espina una tropa de caballeros resplandecientes de oro y preciosas ropas que se dirigía en buen orden hacia el grueso del ejército sitiador.

—¡La Virgen nos ampare! dijo Rodrigo; vamos á ser atacados por el rey en persona. Tiempo es que bajemos, padre mío, porque creo que va á ser dura la batalla.

—No urge, hijo mío, respondió el conde con aire pensativo; no entrarán en este buen castillo como si fuesen á un festín. En verdad que no sé lo que pasa; pero todo esto no tiene el aspecto de un ataque regular... Temo alguna maquinación, alguna cosa extraña, y nos importa vigilar sus movimientos para adivinar sus proyectos.

Callaron uno y otro para entregarse con atención á este importante exámen.

—Sí, el rey es el que viene contra nosotros, dijo al fin el conde cada vez mas sombrío; y ésta es la primera vez que hace esto desde el principio del sitio. Hasta aquí hemos tenido que habérnoslos con don Alvaro de Luna, ese odioso hombre á quien aborrezco de muerte... ¡Ah, Rodrigo, Rodrigo! prosiguió con una voz alterada volviendo la cabeza; ¡quién me hubiera dicho hace tres años que ese estandarte real que he seguido por tanto tiempo y tantas veces defendido á costa de mi sangre, se alzaria un día contra mí!

Rodrigo experimentaba sin duda iguales sentimientos, porque respondió con un suspiro á la observación de su padre. No duró largo tiempo el pesar del conde.

—¡Vive Dios! ¿En qué están pensando esos villanos? exclamó lleno de furor; hé ahí los arqueros castellanos que arrojan ballestas, y no hay un solo hombre en las murallas para rechazarlos... ¿Ese maldito capitán aragonés se habrá vuelto de pronto sordo y ciego? Pero le juro que he de hacerle enforcar de una almena como á un perro.

Después, inclinándose hacia el patio gritó con voz de trueno:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Es el enemigo!

—¡A las armas! ¡A las armas! repitió Rodrigo con no menos energía.

Sus gritos fueron cubiertos por un horrendo estruendo que se levantó en el ejército sitiador: era el sonido de las trompetas y añafles mezclado con mil clamores confusos, entre los que se distinguían los gritos siguientes:

—¡Castilla por don Juan III!... ¡villa tomada!

Inmediatamente se vieron inundadas las primeras barreras de arqueros castellanos, y la bandera del conde de Palazuelos que se alzaba sobre la barbacoa fué de repente arrancada.

—¡Traición! exclamó el conde; ese miserable aragonés nos ha vendido... La primera línea está en poder de las tropas del rey... ¡A mí, Rodrigo! Es preciso morir para defender nuestro honor y nuestra existencia.

—Bajemos, padre mío, demasiado tiempo hemos perdido.

Y los dos se lanzaron hacia la puerta de la escalera. Doña Sol desolada se puso delante de ellos.

—Rodrigo, quedaos, exclamó; nada teneis que temer; por compasión á vosotros mismos no me abandonéis.

Se hallaba tan hermosa en su desesperación, que su ma-

rido se detuvo. Abrazáronse por la última vez, mas el conde con brusca impaciencia, le dijo:

—Rodrigo de Palazuelos, no es este el momento de cuidarse de las lágrimas de una muger.

Rodrigo se desprendió de los brazos de su esposa, y se reunió con su padre que trataba de abrir la puerta de la escalera, empujando la puerta, sin que se supiese cómo, se encontraba cerrada por dentro.

El conde lanzó entonces una horrible blasfemia.

—¡Traición! dijo rechinando los dientes; estamos rodeados de traidores. ¿Quién ha podido cerrar esta puerta?

—El viento tal vez, murmuró la pobre doña Sol.

El padre y el hijo no la escuchaban; volvieron á las almenas, é inclinándose sobre los patios gritaron con todas sus fuerzas:

—¡A nosotros, vasallos de Palazuelos, á nosotros! ¡So-corro!

Sus voces se perdieron en el espacio, y el horroroso tumulto que resonaba en las fortificaciones impidió oírlos. Además callaron bien pronto llenos de estupor á la vista del cuadro que se desarrollaba á sus pies.

En efecto, los castellanos eran ya dueños de la barbacoa, y las tropas habían avanzado hasta las obras exteriores; sin embargo, un profundo foso la separaba todavía de la plaza, y el puente levadizo permanecía obstinadamente levantado. Los arqueros parecían intimar con gritos á los defensores del segundo recinto para que les abriesen el paso; pero nadie, como hemos dicho, se mostraba sobre las murallas. Únicamente á la entrada de la bóveda que conducía al puente levadizo permanecía en pie é inmóvil un hombre; era el escudero.

—Aun se podría reparar el mal si estuviéramos libres, dijo el conde; nos bastaría un instante para arrojar á los castellanos del puesto que les ha entregado la traición.... Tente firme, mi buen escudero, gritaba como si el único defensor del castillo hubiese podido oírle; tente firme..... allá voy.

Y corrió de nuevo hacia la puerta de la escalera, olvidando tal vez que ninguna fuerza humana hubiera podido quebrantarla sin largos y penosos trabajos. Rodrigo permanecía en observación en su puesto, mientras que doña Sol murmuraba entre sí:

—Desgracia, desgracia; la adhesión de ese servidor imbecil va á perderlo todo... ¡Virgen santa! ¡protegednos!

En aquel momento pasó una cosa extraña que solo doña Sol pudo comprender. Como el escudero permanecía á la entrada de la bóveda del rastrillo, un personaje cubierto de una armadura de color sombrío se acercó á él y le dijo unas palabras. Sin embargo, el escudero permaneció inmóvil con aire terco y obstinado; después, de repente, levantó su visera el desconocido, é inmediatamente el escudero pareció como acometido de un vértigo, dió una ó dos vueltas y se dirigió corriendo hacia la oscuridad de la bóveda mientras que el desconocido se volvía tranquilamente. Poco después se había levantado el rastrillo y se oía caer con enorme estruendo el puente levadizo y los castellanos se precipitaban tumultuosamente en el primer patio.

—Ya no hay esperanza, exclamó Rodrigo cubriéndose los ojos; el castillo está en su poder.

—¡Mientes, por todos los demonios del infierno, mientes! dijo el conde de Palazuelos, y dió un salto de nuevo hacia el parapeto.

No tuvo necesidad mas que de una ojeada para asegurarse de la verdad del hecho. Los vasallos y defensores del castillo, habian desaparecido enteramente y se habian retirado á sus cuarteles, sin duda para no encontrarse con el vencedor en el primer momento de exaltacion. En cambio los castellanos se aumentaban continuamente; arqueros, caballeros, hombres de armas pasaban el puente en desorden, y ya se veia delante de la puerta principal la brillante comitiva del rey que se disponia á entrar en la plaza.

El conde, con desgarradora desesperacion, exclamó:

—¡Mansion gloriosa de mis padres, adios; pereció el poder de mis nobles antepasados; el cielo lo ha querido así!

Y gruesas lágrimas rodaron por sus lívidas mejillas. No menos conmovido Rodrigo, le cogió en sus brazos.

—Padre, en nuestra desgracia nos queda un consuelo, y es que solo la traicion ha podido vencernos... Ni una sola flecha se ha disparado, ni una espada se ha desenvainado para defendernos.

—Tienes razon, Rodrigo, dijo el conde apretando los puños; si, solo la traicion podia triunfar de nosotros. Daria la salvacion de mi alma por conocer y castigar la infame criatura que así nos ha vendido.

—Herid, señor, herid, Rodrigo, dijo con voz dulce y vibrante doña Sol, porque ella está en vuestro poder.

Volvieron los dos caballeros y vieron á doña Sol de rodillas con la frente humillada.

—¿En qué pensais, querida señora? dijo Rodrigo corriendo á levantarla; volved en vos, querida de mi alma; aun estoy aquí para defenderos.

—El terror la ha vuelto loca, dijo con dureza el conde.

—Dejadme, Rodrigo, dijo doña Sol, que parecia tener todo su ánimo y valor; todavia podeis vengaros... Yo soy la que ha entregado el castillo de Atienza al rey de Castilla.

Y contó rápidamente el modo con que se habia ejecutado el proyecto.

Al oír aquella relacion, el padre y el hijo estaban agitados de la mas violenta cólera. Sin embargo, al mirar á aquella hermosa jóven prosternada á sus pies, el ojo de Rodrigo perdió un poco de su amenazadora expresion; el del conde, al contrario, relucia como el ojo salvaje de un leon irritado.

—¿Has hecho eso, maldita y perversa muger? exclamó el conde con el delirio de la rabia; pues bien, vas á morir.

Y sacó su daga con un impetuoso movimiento. Doña Sol aguardó el golpe fatal encomendando su alma á Dios. A la vista de aquel hierro suspendido sobre la cabeza de su esposa idolatrada, cambió de repente don Rodrigo; se dispuso enteramente su furor y vino á colocarse entre su padre y doña Sol exclamando:

—No la toqueis... es mi muger.

—¡Qué! ¿Serias tú, cómplice de su crimen? No la salvarás.

—La defenderé.

Y Rodrigo tiró de su espada.

—¡Padre y señor mio!... Exclamó la pobre doña Sol fuera de sí arrastrándose á sus pies.

Pero no la escuchaban.

—¡Miserable! dijo el conde de Palazuelos. ¿Te atreves á amenazar á tu padre?

Lanzáronse una terrible mirada, dispuestos á llegar á las manos.

—He ahí el efecto de la rebelion, dijo una voz penetrante detrás de ellos. Señor conde de Palazuelos, os habeis rebelado contra vuestro rey y señor, y ahora Dios suscita contra vos vuestros servidores, vuestra hija y vuestro hijo.

Volvieron los dos Palazuelos inmediatamente. La puerta tan largo tiempo cerrada, acababa de abrirse y García se adelantó lentamente sobre la plataforma de la torre. Su presencia hizo volver á Rodrigo en sí, dejó caer la espada y se cubrió la cara con las manos, lleno de confusion. Al reconocer al halconero, el conde, al contrario entró en un verdadero frenesí.

—¡Hombre ó demonio! dijo dando un rugido, ¿tú eres el que lo ha dispuesto todo?

Y le dió violentamente un golpe con la daga que tenia en la mano; empero la daga saltó hecha pedazos, cual si hubiese sido de cristal, al tocar la coraza de García.

—Señor conde de Palazuelos, dijo el halconero sin inmutarse, guardad vuestras armas para defenderos de vuestros enemigos que son numerosos y temibles... Y si no quereis caer en sus manos, apresuraos á seguirme.

Y enseñóles con un gesto lo que pasaba debajo de ellos, al pie del castillo. El rey don Juan II acababa de entrar en él en aquel momento; resonaban las trompetas y añafles y los vasallos del castillo de Atienza, mezclados con los castellanos, daban vivas y aclamaciones al vencedor. Mientras en los patios del castillo reinaba esta escena triunfal, un caballero á pie, acompañado de una docena de ballesteros de siniestra figura, parecia buscar alguna cosa en aquel vasto recinto. Los Palazuelos reconocieron en seguida á su mortal enemigo, el condestable don Álvaro de Luna.

Sabia bien el halconero García que aquel cuadro diria mas que todas sus palabras por elocuentes que fuesen. Así, despues de haber dejado un momento para qué el padre y el hijo comprendiesen la grandezza del peligro en que se hallaban, se dirigió á la puerta de la escalera.

Los animales mas feroces cuando se ven cogidos en una red, pierden súbitamente sus salvajes instintos y quedan en una especie de parálisis en lugar de su furor habitual. Lo mismo sucedió al conde; pasados los primeros transportes, se aproximó á García casi con timidez y con voz tartamuda, le preguntó:

—¿Podeis salvarnos?

—Dios lo puede.... el hombre debe intentarlo, Marchemos.

XIII.

El anciano conde iba á seguirle, cuando sintió que le detenian dulcemente. Volvióse. Su hijo y doña Sol se hallaban arrodillados á sus pies, el rostro inundado de lágrimas.

—Padre mio, dijo Rodrigo, perdon para mí... perdon para ella... Si debemos morir, no muramos cargados con el peso de vuestro odio y vuestra maldicion.

—Todo está olvidado... Todo está olvidado, contestó el conde precipitadamente; no soy yo menos culpable que vosotros tal vez... ¿Pero, qué hablais de morir? Esta muger puede separarse de nosotros; ella encontrará proteccion en el castillo. En cuanto á nosotros, hijo mio, vamos á confiarnos á este buen escudero que nos salvará... ¿No habeis oído que ha prometido salvarnos?

—Y yo, señor, dijo doña Sol con gran dolor, os suplico me permitais quedar á vuestro lado. Mi Rodrigo, no me separeis de vos, ¡por compasión!... Yo soy la causa de vuestras desgracias, dejadme participar de vuestra suerte, cualquiera que sea.

Miraron los dos caballeros al halconero como para preguntarle lo que había de hacerse. Contestó este únicamente con una sonrisa de indulgencia, y aun cuando Rodrigo parecía resistir, su bella esposa se abalanzó á su cuello y dispuso toda su oposicion con un beso.

—Don Alvaro de Luna quiere cortarnos la retirada, dijo gravemente García; empero la puerta es sólida y resistirá bien hasta que hayamos ganado la capilla.

—Marchemos, marchemos pronto, dijo el conde.

El conde tenía miedo. Aquel hombre audaz que había desafiado la muerte en cien combates, que había osado resistir con las armas á su poderoso soberano, temblaba al pensar que don Alvaro de Luna le buscaba con un puñado de verdugos.

Cuando llegaron al patio de la capilla los golpes se oyeron mas clara y distintamente. La puerta parecía deber ceder á cada instante: los fugitivos creyeron hasta oír al otro lado la voz de Don Alvaro que apremiaba á los soldados. Atravesaron el pequeño recinto y entraron en la iglesia. Reinaba allí el mas profundo silencio, la mayor calma; parecía que las pasiones humanas no habían osado dejar oír su eco desordenado en aquel lugar santo. Llegaban á ella los rumores de fuera cual un débil murmullo bajo las sombras de los arcos góticos; la lámpara que ardía noche y dia ante el altar parecía ser un signo de custodia para los que iban allí á buscar su refugio á la casa del Señor.

—¿Es este el asilo que nos habías prometido? preguntó á García el conde con inquietud: en los tiempos en que vivimos no hay asilo ni en los conventos, ni en las iglesias, nada se respeta, y don Alvaro de Luna y su séquito no nos dejará aquí en paz.

El halconero sin responder cogió de sobre el altar una vela, la encendió en la lámpara, y dirigiéndose á un grueso pilar empotrado en la pared, tocó un resorte secreto é inmediatamente se levantó una ancha losa cuidadosamente engastada en él sin dejar el menor resquicio, y presentó la entrada de una escalera.

—Seguidme, señores; y puesto que los vivos os rechazan, los muertos os ofrecen un asilo.

Penetraron los dos caballeros con resolucion en aquel subterráneo: doña Sol en el momento de seguirlos, pareció vacilar.

—Querida, la dijo don Rodrigo, si este lugar de retiro te asusta, quédate aquí... No tienes nada que temer en esta iglesia; estás bajo la salvaguardia del rey don Juan II, y podrás entrar en un convento, y si Dios nos concede la gracia de escapar de la muerte....

—Rodrigo, interrumpió gravemente la desconsolada esposa, te he dicho que participaría de tu suerte cualquiera que fuese; está tomado mi partido: juntos hemos vivido y juntos moriremos.

Bajaron una treintena de escalones abiertos en la roca. Sin duda en aquel lugar penetraría el aire por alguna oculta abertura, porque se respiraba fácilmente y no reinaba el olor mefítico y nauseabundo que en otras bóvedas. Llegaron á un punto de forma circular enmedio del cual se alza-

ba un sepulcro de piedra, al que se subía por unos escalones. Sobre la piedra que servía de sepulcro se veía tendida una estatua de mármol blanco de un caballero armado de todas armas, con su escudo y su espada colocados sobre el pecho. Ninguna inscripcion revelaba el nombre del caballero que reposaba en aquel monumento; empero las armas de Palazuelos tan visibles sobre el escudo, anunciaban que aquel sepulcro encerraba un miembro de aquella noble familia.

El triste silencio que reinaba en aquel sitio, el débil resplandor que proyectaba la vela que se hallaba sobre la estatua blanca en fondo negro, los peligros de la situacion en que se hallaban, todo contribuía á inspirar un religioso temor á los asistentes. Permanecieron tímidos y unidos ante el mausoleo cuya existencia desconocían.

—Señor de Palazuelos, dijo García con un tono que resonó de una manera fúnebre bajo la bóveda sepulcral, estais delante del sepulcro de Alvaro de Palazuelos, primer señor de Atienza y jefe de vuestra familia. Vuestro abuelo os ofrece un asilo á vos y á vuestros hijos ahora que proscriptos y perseguidos por el odio y la cólera de los hombres os veis obligados á huir de la luz del dia. Esta bóveda contiene ahora toda la historia de una ilustre familia.... el principio y el fin.... Un sencillo y glorioso sepulcro por una parte, caballeros huyendo de una muerte infame por otra!

Los dos Palazuelos se inclinaron ante aquella espresion enérgica de una merecida reconvencion. Parecía que la voz salía del sepulcro, y que era su mismo abuelo el que les echaba en cara sus faltas. Cayeron de rodillas y vertieron abundantes lágrimas.

Doña Sol tambien se arrodilló detrás de ellos, y como ellos lloró porque se decía que había merecido toda la vergüenza, en razon á que su matrimonio con Rodrigo era el que había ocasionado é impulsado á la rebelion al conde de Palazuelos. Levantáronse á poco rato á invitacion del halconero, y se abrazaron con efusion para borrar todo recuerdo de odio y establecer entre ellos una liga contra la desgracia.

—García, dijo el conde, ayer cuando era poderoso me mostré cruel contigo poniéndote en una prision; debiera haber escuchado tus consejos y tratarte con indulgencia porque me decias la verdad. Tú que fuiste el amigo de mi infancia ¿me perdonarás?

—Señor conde, replicó García con serenidad, ojalá que los que os persiguen os perdonasen con la sinceridad que yo; pero, añadió, hay límites en las fuerzas humanas y necesitais todo vuestro valor para las emociones que os aguardan. Descansad aquí un momento.

—¿No saldremos de aquí ahora mismo?

—Tened un poco de paciencia, señor, respondió el halconero, porque si salís fuera de esta bóveda podreis encontrar enemigos encarnizados en vuestra perdicion; yo sabré calcular el momento oportuno.

—Está bien, contestó el conde... Pero queria saber qué es lo que sucede arriba, y qué hacen los que se han apoderado del castillo.

—Eso es fácil de adivinar. Los castellanos saquean el castillo, y don Alvaro de Luna os busca para mataros.

El conde lanzó un sordo gemido y se quedó pensativo y meditabundo.

Pasáronse algunas horas. Ofase de cuando en cuando un

estruendo terrible, espantoso, encima de la bóveda; el ruido parecía venir de la superficie del suelo, y se asemejaba á un temblor de tierra sintiéndose en el centro de la bóveda sus terribles oscilaciones. El conde se estremeció.

—¿Qué será ese espantoso ruido? preguntó con terror.

—Que se ha terminado el sitio, respondió el halconero, y don Alvaro de Luna hace saltar las torres y las murallas del castillo queriendo sepultaros en su seno.

—¡Destruir mi castillo! ¡La noble, la gloriosa mansion de mis antepasados! esclamó el conde á esta noticia que renovaba en su corazon todas sus tumultuosas pasiones: ¡oh, maldito sea mi implacable enemigo!...

—Silencio, interrumpió el halconero; humillaos delante de la mano que os hiere y no maldigais á nadie.

Calló el conde; el magestuoso y terrible ruido se repetía de vez en cuando, y la subterránea bóveda de la capilla temblaba cual si fuese á hundirse.

Encerrados en aquella capilla subterránea, no había medio de medir el tiempo; y las horas que allí pasaron les parecieron un día eterno. El ruido terrible de los hundimientos había cesado; sin duda la noche había venido á poner término á la obra de devastacion del castillo. Los dos caballeros y doña Sol formaban siempre un grupo lleno de tristeza, sentados en los escalones del sepulcro. García vino á llamar su atención y distraerles de sus profundas meditaciones, diciéndoles:

—Vamos, ha llegado la hora..... Seguidme.

XIV.

Levantáronse procurando reanimar su valor y el abatimiento de sus fuerzas físicas, y ninguno osó preguntar á su protector á dónde pensaba conducirlos; sufrían resignadamente su influencia. Tomó García la antorcha, pero antes de ponerse en marcha les dijo con tono solemne:

—Hijos de Palazuelos, saludad la última mansion de vuestro abuelo, y suceda lo que suceda no olvideis nunca las pocas horas que acabais de pasar al lado de su sepulcro.

Después, en lugar de dirigirse hácia la escalera que conducía á la iglesia del castillo por donde habían bajado, se dirigió á un rincón del subterráneo. Allí, detrás de un pilar, se encontraba una entrada baja, tallada en la bóveda, y una escalera semejante á la primera que parecía hundirse en las entrañas de la tierra.

Bajaron por ella y se encontraron en una galería llana y derecha, y por su profundidad pudieron calcular que se hallaban al pie de la torre grande del castillo de Atienza, famosa por su estension, y cuyos restos aun se ven. Siguiéron por aquella sombría galería, y llegaron, después de haber andado algun tiempo, á un pequeño edificio que tenía el aspecto de una granja. Todavía había algunos puñados de paja en la sala, que se hallaba desprovista de muebles. Una ventana gótica bastante elevada dejaba penetrar los pálidos rayos de la luna á través de sus rotas vidrieras. Algunos ecos de voces procedentes de fuera, revelaban la presencia en las inmediaciones de algunos seres humanos. A pesar de la recomendacion que les había hecho el halconero de guardar silencio, no pudo el conde moderar su curiosidad.

—¿Dónde estamos? preguntó.

—En el arrabal de Atienza. Este edificio, que hace parte de la casa de vuestro recolector, sirve de ordinario para contener las existencias de trigo y forrages de las prestaciones que os dan vuestros vasallos... Pero silencio, porque se oyen algunas personas aquí cerca.

—Será fácil salir de aquí, replicó el conde; á favor de la noche podremos fácilmente ganar el campo y refugiarnos en casa de un vasallo fiel.

—No hay que pensar en ese medio, repuso el halconero; el rey y sus tropas no marcharán hasta mañana. Si llegamos á engañar la vigilancia de los centinelas que don Alvaro de Luna necesariamente ha debido apostar alrededor de este edificio, no podríamos dar dos pasos por el campo sin encontrar algunos soldados, y nada bueno podemos aguardar. Creedme, no nos movamos de aquí; á esta sala no viene nadie, y es muy dudoso que las gentes de don Alvaro nos busquen por este lado, tanto mas cuanto que están todos ellos borrachos y cansados del pillage. Yo saldré, á quien nadie conoce por haber estado ausente de aquí hace mas de diez años, como sabeis, á buscar algo con que podais reparar las perdidas fuerzas. Por lo demas entreguémonos en manos de Dios, cuya voluntad se ha de cumplir.

En efecto, fué el halconero y volvió poco tiempo después con unos panes y un jarro de vino, que colocó delante de los caballeros y de la dama á la claridad de la luna. Llegaba muy á propósito aquel socorro, porque hacia diez y ocho horas que ni el padre, ni el hijo, ni doña Sol habían tomado alimento alguno, y se hallaban llenos de hambre y sed.

Durante aquella frugal comida fué en aumento el ruido de las voces que habían oído ya antes. Aplicaron el oído y oyeron una conversacion animada. Llenos de curiosidad se aproximaron hasta un punto desde donde podían ver á unos cuantos hombres de rostro siniestro y malas trazas sentados alrededor de una mesa, en la que estaban bebiendo. Con terror oyeron la conversacion; trataban nada menos que de asesinar á una persona que debía en las altas horas de la noche dirigirse al arrabal de Atienza. Calculaban con facilidad el medio de verificar su asesinato, y se disponían ya á ir á cumplir su fatal proyecto.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(La continuacion en el número inmediato.)

EL PLATANO DE FRONS.

La pequeña villa de Frons está situada en el gran valle del Vorder-Rheintal, que del Ober-Alp descende hasta el Coire protegiendo el nacimiento del Rhin y conduciéndolo hasta el parage donde empieza á ser navegable. A corta distancia de Frons se encuentra una pequeña capilla medio cubierta por las venerables ramas de un plátano, cuyo nacimiento, dice la tradicion, se remonta á seis ó siete siglos.

Al principio del siglo XV, los aldeanos de las cercanías buscaban los medios de sustraerse al yugo de los señores feudales, cuyos castillos ruinosos coronaban las alturas, refugiándose en los montes que rodean á Frons y en 1424, los diputados comunes del valle, reunidos bajo las ramas del plátano, formaron la federacion que tomó el nombre de

Liga Gris, superior y que dió origen á la república de los Grisones por la agregacion, en 1471, de las otras dos ligas del mismo pais, la de la Caddée ó Casa de Dios y la de los Diez Derechos. En 1824 se celebró en Frons el cuarto aniversario de la formacion de la liga. En conmemoracion de este acontecimiento se edificó, cerca del árbol, una capilla



Capilla de Santa Ana en Frons.

bajo la advocacion de Santa Ana; en 1836 la confederacion suiza la hizo restaurar, y casi puede decirse otro tanto del plátano, pues se ve rodeado de un pequeño muro y sostenido por numerosos arcos de hierro. Las dos tapias laterales de la capilla están adornadas con dos frescos, debidos á un artista mas sencillo que hábil; representa el primero al duque Brünner y Puttinger, abad de Disentis, [prestando

con los otros diputados el juramento de la federacion; el otro la renovación de este juramento en 1778. Sobre la puerta se lee la siguiente inscripcion:

«Habeis sido llamados á la libertad: donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad; nuestros padres han esperado en tí, Señor; y tú los has hecho libres.»



Lit de J.J. Martinez.

VENUS Y LOS AMORES
(Copia del cuadro de Rubens.)

